



La Santa Cruz, un reto ante el Tercer Milenio

INTRODUCCIÓN

Tengo que empezar dando gracias a la Real e Ilustre Cofradía de la Santa y Vera Cruz de Caravaca por haberme invitado a tomar parte en esta semana de estudios sobre la Santa Cruz con ocasión del Jubileo que vuestro Obispo D. Javier Azagra, mi buen Hermano y querido amigo, os ha concedido a cuatro años vista del Tercer Milenio, en su deseo de secundar la llamada del Papa Juan Pablo II a preparar con tiempo y en profundidad el Gran Jubileo del Año 2000.

Gracias tengo que dar, también, al Centro de Estudios Teológico-Pastorales de Murcia, que me ha insistido para que acepte la invitación antedicha para tomar parte en estas II Jornadas Teológicas convocadas al calor de la devoción de Caravaca de la Cruz a su Cruz, relicario de un importante «Lignum Crucis».

Esa doble expresión de mi gratitud es tanto más sincera cuanto que me resistí no poco a aceptar el encargo de esta lección, alegando la lejanía de Murcia a mi residencia habitual en Vitoria y lo poco que conocía de la historia de la Santa y Vera Cruz de Caravaca. Unos y otros me replicasteis diciéndome que eran sobrados motivos para mi presencia hoy aquí, el conocer esta región montañosa de una Murcia, bella en todas sus variadas zonas, y el poder adentrarme en la riqueza espiritual de una historia devocional, que arranca de la Edad Media y se conserva viva en la piedad de los caravaqueños y de muchos devotos de la Vera Cruz de Caravaca en España y en no pocos países de Europa, de América y de la remotas Islas Filipinas.

Acepté, al fin; y es grande mi gozo porque he podido comprobar la verdad de las razones, con que forzasteis felizmente. La ciudad de Caravaca de la Cruz y el marco de su variado campo me han encantado. Y he aprendido mucho al estudiar la historia de su Santa y Vera Cruz y la de su rica piedad de vuestras gentes, que tiene su centro y su cumbre en la reliquia que guardáis como un preciado tesoro desde el remoto año 1232.

Algo sabía de dicha historia, pero mis conocimientos eran superficiales y mezclaban datos auténticos con noticias de algunas distorsiones que han empañado en algunos lugares, sin quebrarla, una devoción que es para los caravaqueños y para muchos más, oro de muchos quilates y hontanar de gracias que se muestran fecundas en no pocos para una vida cristiana. Sólo Dios puede saber a cuántos dicha devoción les ha ayudado en la hora de la muerte, convirtiendo un beso a la Cruz en acto de amor que perdona pecados y abre de par en par las puertas del cielo.

Dividiré mi lección en tres partes:

- Trataré de explicar en la primera el título de mi lección: «La Santa Cruz, un reto ante el Tercer Milenio»;
- Centraré la segunda en la Carta Apostólica «Tertio Milenio Adveniente», con la que Juan Pablo II nos invita a preparar el Gran Jubileo del Año 2000, ya que vuestro Jubileo particular obedece al deseo de estar a la altura de esta hora límite entre dos milenios, la hora que nos toca vivir;
- Apuntaré, en la tercera, un paralelismo entre algunas características de la devoción caravaqueña a la Santa y Vera Cruz con sugerencias que el Papa nos hace en su citada Carta Apostólica.

I. LA CRUZ, UN RETO ANTE EL TERCER MILENIO

Al aceptar, por fin, el encargo de esta lección ante la insistencia de D. Raimundo Rincón, le dicté telefónicamente su título. Lo hice a bote pronto, sin meditarlo demasiado.

Fue una corazonada. Aprecié su acierto cuando me puse a estudiar el tema. Y di gracias a Dios porque me pareció entender que plantear el problema de la Cruz como un reto ante el Tercer Milenio, cuadraba perfectamente con el fin fundamental del Jubileo que venís celebrando. Y lo vi con plena claridad al recibir el programa de estas Jornadas Teológicas, por dos razones: porque las presentáis centradas en el tema general: «La Vera Cruz una llamada a la esperanza»; y porque las conferencias que han precedido a esta mía, me parecen que la han preparado en su rica variedad, por la hondura teológica de muchas de ellas y por el sentido de actualidad, que ha coreado a todas ellas.

1.1. ¿Una profecía de Jesús incumplida?

Nuestro Señor Jesucristo lanzó un reto a la historia unos días antes de su Pasión y Muerte. Faltaba poco para la Pascua, en que debía morir para resucitar al tercer día. Se le acercaron unos griegos, que querían conocerlo. El Señor se conmovió. Se abrió en oración filial con su Padre Dios. Y volviéndose, luego, a cuantos lo rodeaban, afirmó de modo rotundo y con certeza de su victoria final: «Cuando sea levantado en alto, atraeré a todos hacia Mí». El evangelista Juan, testigo impresionado y asombrado ante la rotundidad de la afirmación del Señor, comenta: «Dijo esto dando a entender cómo iba a morir». (Ju. 12, 20-32).

La profecía es clara: «Cuando sea levantado en alto —es decir, cuando sea clavado en la Cruz— atraeré a todos hacia Mí».

Pronto se cumplirán dos mil años del nacimiento de Jesús en Belén. Una treintena de años después celebraremos el segundo milenio de su Muerte. Y si giramos la vista en torno, es claro que estamos muy lejos del cumplimiento de la promesa del Maestro:

- La inmensa mayoría de la humanidad –miles de millones de hombres– no es que haya rechazado a Cristo: ¡Es que ni se han enterado siquiera de que Dios se encarnó, nació de santa María, murió en una Cruz y resucitó para salvarnos!
- Son muchos millones más los que han oído hablar de Jesucristo pero no creen en Él. Le prestan la misma atención que a otras personalidades de la historia humana, aunque quizás lleguen a decir que Jesús es su figura más egregia o, al menos, una de las más insignes de todos los tiempos.
- Los que proclamamos que Cristo es Dios de Dios a la vez que hombre verdadero, sumamos cerca de mil millones en este año de gracia de 1996; pero estamos divididos en confesiones diversas –la católica, la ortodoxa, la protestante–, en un doloroso escándalo que obstaculiza la propagación del Evangelio.
- Y nosotros mismos, los que nos llamamos católicos: ¡qué lejos estamos de vivir de acuerdo con nuestra fe! Muchos auténticamente santos andan por nuestras calles hoy mismo. Son creyentes que hacen de su fe en Cristo alma de una vida cristiana ejemplar. Viven centrados en Cristo, Muerto y Resucitado para nuestra salvación. También se dan muchos así en otras confesiones cristianas no católicas. Pero la inmensa mayoría de los cristianos, católicos o no, vive como si no creyeran en Jesús y en su Evangelio. Basta abrir los ojos y ver cómo se espesa en nuestra sociedad española, en la que la inmensa mayoría se afirma católica, un ambiente de corrupción, amoral más que inmoral, lo que es especialmente grave.

Así las cosas: ¡qué lejos estamos, pues, de que se cumpla la profecía del Señor dos mil años después de que el Maestro la proclamó!

1.2. Diferencias entre una profecía de Jesús y otra de la Virgen María.

El contraste de dicho anuncio de Cristo y la realidad resulta tanto más impresionante cuanto que su Madre, la Virgen María, humilde nazaretana, se atrevió a profetizar, a sus 17 o 18 años y desde su humildad encantadora: «Me llamarán Bienaventurada todas las generaciones» (Luc, 1, 48). Y cada vez que los cristianos rezamos el Ave-María, realizamos el auténtico milagro de hacer verdad la profecía de la Santísima Virgen. «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre, Jesús», repetimos en todas las lenguas a lo largo y ancho del mundo a coro con el saludo que Isabel dirigió a su prima, la que es Madre de Dios y nuestra Madre (cf. Luc. 1, 43). Y las mil oraciones que ha creado la devoción mariana de los pueblos, así como los cantos y las diversas advocaciones bellísimas que ha inspirado, son notas del acorde perfecto que se eleva desde toda la tierra en honor de Santa María, dando cumplimiento a su profecía.

¿Cómo puede explicarse el incumplimiento, al menos aparente, de una profecía de Jesús y la cabal realización de la de María, siendo Aquel, por Dios, infinitamente superior a su Madre?

No hay más que una explicación, a mi entender. Jesús, a fuerza de Hijo amante, se ha encargado de que hombres de todas las tierras y de todas las generaciones cumplamos la profecía de

su Madre. Y ha dejado el cumplimiento de la suya, a la atención de cuantos creemos en Él. Requiere esto de nuestra parte un compromiso apostólico para llevar el Evangelio a todas las gentes y un esfuerzo constante para que el amor, quinta esencia del mensaje evangélico, penetre en la vida individual y social.

Es un modo normal de obrar de Dios. Hace Él solo, lo que sólo Él puede hacer. Pero no quiere hacer solo, lo que puede hacer con nuestra colaboración. Así sucede en el plano natural y también en el sobrenatural. Por esto adquiere pleno sentido la audaz afirmación de San Pablo, cuando, dando razón de sus trabajos apostólicos, se atreve a decir: «Voy completando lo que falta a la Pasión de Cristo» (Col. 1, 24). ¿Qué puede faltar a la Pasión de Cristo si su Muerte en la Cruz tuvo valor infinito? Nada en cuanto a sus méritos. Mucho, para que esos méritos, que nos ganó muriendo y resucitando por nosotros, sean aplicados a todos los hombres.

1.3. Responsabilidad de los cristianos

Todos los cristianos estamos llamados a colaborar en la predicación del Evangelio a todos los hombres y en el empeño para que la verdad de Cristo sea luz y su amor alma de la humanidad entera en todos los planos de nuestra existencia. Y el reloj de la historia de la salvación marcha al ritmo que le marcamos nosotros, los ya creyentes en Cristo.

Esta distinción entre los méritos infinitos de la Cruz y la lentitud en su aplicación a lo largo de la historia humana, es la clave que explica el retraso en el cumplimiento de la profecía con que el Señor anunció que cuando fuera levantado en alto atraería a todos hacia Él. No debe extrañarnos demasiado, aunque nos duela, que estemos como estamos en vísperas de que se cumplan dos mil años de la Muerte de Cristo en el Calvario. San Pedro escribió: «No retrasa el Señor lo que prometió, aunque algunos lo estimen retraso: es que tiene paciencia con nosotros... No olvidéis una cosa, amigos, que para el Señor un día es como mil años y mil años como un día» (2 Ped. 3, 8-9).

Las palabras del primer Papa resuelven un problema; pero no pueden acallar nuestra responsabilidad. A cuantos somos cristianos nos corresponde esforzarnos en nuestra vida personal, familiar, social y eclesial a fin de que se complete lo que falta a la Pasión de Cristo, para que se acelere la hora del cumplimiento de la profecía del Señor.

II. EL GRAN JUBILEO CONVOCADO POR EL PAPA PARA EL AÑO 2000

La convocatoria del Gran Jubileo del Año 2000 se encuadra perfectamente en las consideraciones antedichas. Juan Pablo II ni es milenarista ni ha sentido tentación alguna de serlo, como si el año 2000 haga presagiar acontecimientos extraordinarios, por la simple rotundidad de su cifra. No se trata de inducir a un nuevo milenarismo, leemos en la «Tertio Adveniente Milenio» como se hizo por parte de algunos al final del primer milenio, sino que se pretende «suscitar una particular sensibilidad a todo lo que el Espíritu dice a la Iglesia y a las Iglesias». (cf. Ap. 2, 7). Pero dice también: «En el cristianismo el tiempo tiene una importancia fundamental... En Jesucristo, Verbo encarnado, el tiempo llega a ser una dimensión de Dios, que en sí mismo es eterno. Con la venida de Cristo se inician “los últimos tiempos” (Hb. 1, 2), la “última hora” (1 Ju. 2, 18)». (TAM 10). «Es significativo –añade– que el cómputo del transcurso de

los años se haga casi en todas partes a partir de la venida de Cristo al mundo, la cual se convierte así en el centro del calendario más utilizado hoy». (TAM 15).

Dos acontecimientos dan transcendencia singular al final del segundo milenio:

- el nacimiento de la que venimos llamando «la aldea global», en que la técnica, y muy especialmente los «mass media», nos traban a todos los hombres en una fuerte unidad;
- y el Concilio Ecu­mé­ni­co Vaticano II, con el que el Espíritu Santo ha querido preparar a la Iglesia con una efusión extraordinaria de gracia a fin de prepararla para el momento histórico que nos toca vivir.

2.1. El nacimiento de «la aldea global»

La ruptura de la humanidad en pueblos diversos, cuando no enfrentados, se inició en Babel, según la narración bíblica. La diversidad de lenguas fue consecuencia de un pecado de soberbia, que turbó a las gentes; se embrollaron; y se dispersaron. (Cf, Gen.11,1-9). Interpretese como se quiera el acontecimiento babilónico, es claro que los hombres, hemos vivido en mundos separados y aún incomunicados, durante miles y miles de años. Cada uno constituía un compartimento-estanco; y todos ellos vivieron durante siglos cerrados en sí mismos. Unos y otros llamaban historia universal a simples contactos comerciales, a algunas influencias ideológicas mutuas, y, sobre todo a las guerras en que se enfrentaban periódicamente. Así Europa vivió durante milenios su propia dinámica de espaldas a lo que acaecía en la remota América, en el África negra y en la inmensa Asia. Y en estos continentes sucedía lo mismo

Los acontecimientos se precipitan en las últimas décadas. Las comunicaciones sociales nos hacen conocer de inmediato cuanto sucede en cualquier rincón de la tierra. Y, así como el no poder comunicarse unos con otros produjo la confusión babilónica, la facilidad y aún la necesidad de comunicarnos todos con todos, nos traba en una unidad, como si la historia quisiera cerrar el ciclo histórico abierto en Babel.

El poeta dijo que «no hay mayor soledad que la de dos en compañía». Y sería peor el remedio que la enfermedad si nuestros egoísmos raciales o socio-políticos enfrentaran a los hombres, cuando estamos forzados a vivir cerca unos de otros, interdependientes todos, porque la técnica ha empequeñecido el planeta hasta hacer verdadero el refrán que dice: «el mundo es un pañuelo». Lo es hoy un poco más cada día. Está naciendo «la aldea global», en la que todos somos vecinos de todos. Se podría decir sin exageración que están muriendo simultáneamente todos los diversos mundos, en que la humanidad ha estado dividida durante toda su historia, y está naciendo un mundo nuevo, del que todos los hombres empezamos a ser conciudadanos, queramos o no.

Es un acontecimiento, cuya importancia para el futuro es imposible exagerar. Su transcendencia es grande en todos los planos: en el socio-económico o en el político, en el cultural y en el religioso.

2.2. El Vaticano II, Adviento del mundo nuevo naciente

Las anteriores reflexiones no son mías. He dado forma abreviada a consideraciones que repiten comentaristas y filósofos de la historia, al analizar las últimas décadas de la historia

humana, Las afirmaciones transcriben literalmente párrafos de la Carta Apostólica «Tertio Adveniente Milenio», con la que Juan Pablo II nos llama a preparar el Gran Jubileo del año 2000.

El Papa, consciente de la trascendental encrucijada histórica para la Iglesia y para toda la humanidad que nos toca vivir, presenta a Cristo como único Salvador para los hombres: hoy como siempre. Lo hace insistiendo en ideas del Concilio Vaticano II, según las cuales el Evangelio, además de su fuerza salvífica sobrenatural, ilumina también los problemas de la existencia humana en todos sus planos. No da soluciones técnicas; pero enseña principios necesarios para la eficacia de las mismas. Copio de la «Tertio Adveniente Milenio»:

- «Dirigimos la mirada de fe a este siglo nuestro, buscando en él aquello que da testimonio no sólo de la historia del hombre, sino también de la intervención divina en las vicisitudes humanas». (TAM. 17)
- «En este sentido se puede afirmar que el Concilio Vaticano II constituye un acontecimiento providencial gracias al cual la Iglesia ha iniciado la preparación próxima del Jubileo del segundo milenio. Se trata de un Concilio semejante a los anteriores, aunque muy diferente: un Concilio centrado en el misterio de Cristo y de su Iglesia, y al mismo tiempo abierto al mundo. Esta apertura ha sido la respuesta evangélica a la reciente evolución del mundo con las desconcertantes experiencias del siglo XX» (TAM. 18).
- «El Concilio se abrió a los cristianos de otras Confesiones, a los seguidores de otras religiones, a todos los hombres de nuestro tiempo. En ningún otro Concilio se habló con tanta claridad de la unidad cristiana, del significado específico de la Antigua Alianza y de Israel, de la dignidad de la conciencia personal, del principio de libertad religiosa, de las diversas tradiciones culturales dentro de las que la Iglesia lleva a cabo su mandato misionero, de los medios de comunicación social». (TAM 19).
- «La mejor preparación al vencimiento bimilenario ha de manifestarse en el renovado compromiso de aplicación, lo más fiel posible, de las enseñanzas del Vaticano a la vida de cada uno y de toda la Iglesia. Con el Vaticano II se ha inaugurado, en el sentido más amplio de la palabra, la inmediata preparación del Gran Jubileo del año 2000. Si buscáramos algo análogo en la liturgia, se podría decir que la anual liturgia del Adviento es el tiempo más parecido al Espíritu del Concilio. El Adviento nos prepara al encuentro con Aquel que era, que es y que constantemente viene (cf. Ap. 4, 8)» (TAM. 20).

III. TRES MIRADAS A NUESTRO ENTORNO

Las precedentes consideraciones sobre el momento histórico que vivimos, lo convierten en una especie de atalaya, desde la que es posible otear muchos horizontes. Juan Pablo nos invita a dirigir unas miradas en profundidad en tres direcciones distintas, que interesan sobremanera para que la preparación del año 2000 se nos convierta en gracia fecunda: una mirada a nuestro propio interior; otra a la vida de la Iglesia; y una tercera al mundo en que nos movemos.

Me interesa llama la atención brevemente sobre cada uno de esos tres puntos. Tienen gran importancia en sí mismos. Y no creo equivocarme si afirmo, tras repasar la historia de la devoción de Caravaca a la Santa y Vera Cruz, que los tres están en clara consonancia con ella, por lo que os obligan de modo muy especial.

3.1. Una mirada al interior de nuestras conciencias

«El Jubileo del Año 2000 –escribe el Papa– quiere ser una gran plegaria de alabanza y de acción de gracias, sobre todo por el don de la Encarnación del Hijo de Dios y de la Redención realizada por Él. En el año jubilar los cristianos se pondrán con nuevo asombro de fe frente al amor del Padre, que ha entregado a su Hijo “para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Ju. 3, 16)... El gozo del Jubileo es siempre de un modo particular el gozo por la remisión de las culpas. La alegría de la conversión» (TAM. 33).

Nuestro mundo ha perdido la conciencia de pecado. Son demasiado los hombres que niegan la existencia de Dios en un ateísmo teórico. Muchos otros se encogen de hombros ante el problema de Dios en un agnosticismo escéptico, que se ha puesto tristemente de moda entre nosotros. Y son legión los que, aun siendo creyentes en Dios, lo han dejado en la cuneta de su vida y viven como si no existiera. Sus normas de conducta no se diferencian prácticamente de las que rigen la de un ateo o la de un agnóstico.

La noción misma del pecado y del desorden moral se difuminan grandemente, cuando no desaparecen del todo, en un orden social sin Dios. Siempre se cometieron, se cometen y se cometerán muchos pecados, porque pecadores somos todos los hombres en una u otra medida. Lo grave de nuestro momento es que, al desaparecer Dios del horizonte vital de muchos, se llegan a perder criterios éticos fundamentales, hasta el extremo de no distinguirse claramente lo bueno de lo malo, cuando no se produce la catástrofe de considerar bueno lo que es moralmente malo. Un pragmatismo y un relativismo, esencialmente amorales, se convierten en norma de conducta individual y social. En nuestra propia sociedad, y a lo largo y ancho del orbe entero, encontramos muchos ejemplos prácticos de tal situación, que termina degenerando en la corrupción moral que nos ahoga.

Tenemos que volver a Dios, si queremos recuperar de modo firme el rumbo debido para nuestros comportamientos éticos. Sólo así podremos tener conciencia de nuestros pecados. Sólo así podremos arrepentirnos de ellos y rectificar, tras el perdón divino, nuestra conducta. Esta es una de las gracias grandes que el Papa espera del Gran Jubileo del Año 2000.

3.1.1. La devoción a la Cruz inmuniza contra la amoralidad

Vosotros, los caravaqueños, difícilmente podéis caer en el abismo de la amoralidad. Sois, sin duda, pecadores, como todos los hombres. Pero vuestra devoción a la Cruz os recuerda cuánto costó a Cristo alcanzarnos el perdón de nuestros pecados.

San Pablo no vio nunca la imagen de Cristo Crucificado: no estuvo en el Calvario; ni pudo tener en sus manos un crucifijo, porque los cristianos no se atrevieron a pintarlo o a tallarlo hasta muy entrada la Edad Media. Su amor lo imaginó interiormente; y nos dejó una jaculatoria, que unas veces escribió en singular y otras en plural: «Me amó y se entregó a la muerte por mí» (Gal. 2, 2); «Nos amó y se entregó a la muerte por nosotros» (Ef. 5, 2). Ese doble sentimiento penitencial, individual y comunitario, puede y debe florecer espontáneamente en vuestro Espíritu cada vez que estampáis un beso en ese tesoro de vuestra piedad caravaqueña, que es la Santa y Vera Cruz.

Quiero contaros, en este momento, la emoción con que vuestro Obispo, D. Javier, me hacía partícipe ayer mismo de la que él sintió al ver a los caravaqueños acercarse al Sacramento de

la Penitencia y a la Eucaristía a lo largo del Jubileo que os concedió Juan Pablo II el año 1982 para celebrar los 750 años de la llegada de la Santa y Vera Cruz a vosotros en el año de gracia de 1232.

3.1.2. La verdadera devoción y lo mágico

D. Pedro Ballester Lorca, capellán de la Real e Ilustre Hermandad de la Santa y Vera Cruz de Caravaca, ha escrito mucho y bien sobre su historia y su realidad actual. He leído con gusto e interés sus libros, acabados en su documentación histórica y claros en su doctrina teológica. Y me ha llamado la atención la insistencia con que denuncia el oportunismo y la superficialidad, con que una literatura comercial y oportunista presenta a vuestra venerada reliquia con aspectos mágicos y exotéricos, entroncándola con saberes ocultos anteriores al cristianismo. Sus llamadas de atención tienen razón. El lo sabe mejor que yo, porque conoce las distorsiones que se han dado en algunos lugares en torno a vuestra insigne reliquia. Pero cuantos conserváis desde el siglo XIII un «Lignum Crucis», parte del madero en que Jesús se ofreció al Padre Dios para merecernos el perdón de nuestros pecados y lo veneráis devotamente, estáis inmunes, sin duda, ante tales despropósitos seudodevocionales.

La muerte de Jesucristo es la prueba suprema del amor que Dios nos tiene: «Tanto amó Dios a los hombres que les entregó a su Hijo para que tengan vida eterna y no perezca ninguno que crea en Él» (Ju. 3, 16). Por eso la devoción auténtica a la Vera y Santa Cruz, en que Cristo se inmoló por nosotros, es un acicate eficaz para el arrepentimiento de nuestros pecados. Y es mucho más. Santo Tomás dice que la contemplación de Cristo y de su Cruz son una lección intuitiva de las más importantes virtudes evangélicas. Nos las meten por los ojos hasta lo más hondo del alma, a poca fe que tengamos, al verlas subrayadas en el madero santo con rojo de sangre de Dios. (cf. S. Th. III, q.46, a.3)

3.2. Una mirada al momento eclesial

«A las puertas del nuevo Milenio, dice la “Tertio Adveniente Milenio”, los cristianos deben ponerse humildemente ante el Señor para interrogarse sobre las responsabilidades que ellos tienen también en relación con los males de nuestro tiempo. La época actual junto a muchas luces presenta igualmente no pocas sombras» (TMA. 36). Y, bajando de esa consideración general al plano de lo concreto, llama nuestra atención sobre una serie de puntos, en los que debe centrarse nuestro examen de conciencia.

3.2.1. Responsabilidad de los cristianos ante el indiferentismo religioso

Me he referido antes a la crisis religiosa que está en la base del desquiciamiento ético que sufre nuestra sociedad. Ante ella, el Papa nos urge a los cristianos revisar nuestra propia conciencia para arrepentirnos de la parte de culpa que puede cabernos en tanto desconcierto moral.

«¿Cómo callar por ejemplo –dice– ante la indiferencia religiosa que lleva a muchos hombres de hoy a vivir como si Dios no existiera o a conformarse con una religión vaga, incapaz

de enfrentarse con el problema de la verdad y con el deber de la coherencia? A esto hay que añadir aún la extendida pérdida del sentido trascendente de la existencia humana y el extravío en el campo ético, incluso en los valores fundamentales del respeto a la vida». (TAM. 36).

El mal es claro. Pero Juan Pablo II no se conforma con denunciarlo. Nos urge examinar hasta qué punto nosotros mismos, los creyentes, no tenemos parte de culpa en tal situación. «Se impone a los hijos de la Iglesia una verificación: ¿en qué medida están también ellos afectados por la atmósfera de secularismo y relativismo ético? ¿Y qué parte de responsabilidad deben reconocer también ellos frente a la desbordante irreligiosidad, por no haber manifestado el genuino rostro de Dios, “a causa de los defectos de su vida religiosa, moral y social” (GS 19)?». (TAM. *ibidem*).

3.2.2. Luces y sobras en la recepción del Concilio Vaticano II

Juan Pablo II, lo hemos recordado antes, ve el Concilio Vaticano II como una gracia extraordinaria de Dios para que la Iglesia se renueve y esté a la altura de los retos de nuestro tiempo. Quiere, por ello, que cuantos nos gloriamos de ser cristiano-católicos examinemos hasta qué punto venimos sintonizando con la llamada que el Espíritu nos hizo a todos: obispos, sacerdotes, religiosos/as y laicos/as.

«El examen de conciencia –dice textualmente– debe mirar también la recepción del Concilio, este gran don del Espíritu a la Iglesia al final del segundo milenio». Y nos indica varios puntos para dicho examen al hilo de los puntos fundamentales de la renovación eclesial promovido por el Espíritu en el Vaticano II:

- «¿En qué medida la Palabra de Dios ha llegado a ser plenamente el alma de la teología y la inspiradora de toda la existencia cristiana, como pedía la “*Dei Verbum*”?».
- «¿Se vive la Liturgia como “fuente y culmen” de la vida eclesial, según las enseñanzas de la “*Sacrosanctum Concilium*”?».
- «¿Se consolida en la Iglesia universal y en las Iglesias particulares, la eclesiología de comunión de la “*lumen gentium*”, dando espacio a los carismas, los ministerios, las varias formas de participación del Pueblo de Dios, aunque sin admitir un democracismo y un sociologismo que no reflejan la visión católica de la Iglesia y el auténtico Espíritu del Vaticano II?».

d) «Un interrogante fundamental debe también plantearse sobre el estilo de las relaciones entre la Iglesia y el mundo. Las directrices conciliares –presentes en la “*Gaudium et Spes*” y en otros documentos– de un diálogo abierto, respetuoso y cordial, acompañado sin embargo por un atento discernimiento y por el valiente testimonio de la verdad, ¿siguen siendo válidas y nos llaman a un compromiso ulterior?» (TAM. 36).

El Papa llama la atención, además, sobre nuestra obligación de sintonizar con la llamada a un ecumenismo orante y operante, a que el Concilio nos convocó con insistencia. Los primeros siglos del segundo milenio de nuestra Era vieron cómo cristalizó la dolorosa quiebra de la unidad cristiana, que se había iniciado a fines del primero. La ruptura protestante se produjo en el siglo XVI, a mitad de nuestro milenio. Esas dos tragedias contradicen el querer de Cristo que nos urgió la unidad a cuantos creemos que Él es Dios y Hombre, el único Salvador dado a los hombres, y son un impedimento grave para la tarea misionera de la Iglesia. El Concilio Vaticano II nos convocó, por ello, a una labor ecuménica y misionera, en la que todos tenemos

no poco quehacer. Los decretos conciliares «*Orientalium Ecclesiarum*», «*Unitatis redintegratio*» y «*Ad gentes*» acucian nuestro interés por la unión de los cristianos en una sola Iglesia y el de llevar el Evangelio a todos los pueblos. Juan Pablo II nos pide, ante el Gran Jubileo del Año 2000, que cuidemos el Espíritu ecuménico y el misionero (cf. TAM. 25 y 34).

3.2.3. Vuestra historia os obliga

Vuestra historia os obliga, amigos caravaqueños, a atender esta llamada eclesial del Papa ante el Año 2000 con especial interés. Y ello es así por dos razones:

- Caravaca y su piedad centrada en la Santa y Vera Cruz han cuidado siempre, a lo largo de los siglos, una exquisita sintonía con el Papa y la Jerarquía de la Iglesia. Ya en 1392 vuestra devoción mereció una Bula de aprobación del Papa Clemente VII. Fueron muchos los Papas de los que recibisteis luego, a lo largo de los siglos, testimonios aprobatorios. Pío XII os mandó un nuevo «*Lignum Crucis*» cuando desapareció en extrañas circunstancias –¿robo? ¿sacrilegio?– el que venerábais desde el siglo XIII. Juan Pablo II os concedió un Jubileo extraordinario en 1981 para conmemorar el 750 aniversario de la aparición de vuestra Santa y Vera Cruz. Vuestros Obispos de Cartagena-Murcia, de otra parte, han estado también siempre muy cerca de vosotros y vosotros de ellos, como lo evidencia este mismo Año Jubilar, que os ha concedido vuestro actual Obispo, como gracia extraordinaria para que os preparéis al Gran Jubileo del Año 2000. ¿Cómo no váis a estar atentos hoy a esta llamada del Papa Juan Pablo II? Ya estáis dando respuesta a mi pregunta con vuestro particular Jubileo de este año 1996. Lo habéis conseguido de vuestro Obispo para prepararos a ese otro Gran Jubileo del Año 2000. Y demostráis así vuestra sintonía con el querer de Juan Pablo, de que vengo hablándoos.
- Y por lo que se refiere a la preocupación ecuménica y misionera ¡qué fácil tiene que ser para vosotros, devotos de la Santa y Vera Cruz de Caravaca, vibrar con el espíritu ecuménico y misionero! Vuestra Santa y Vera Cruz, cruz es, según tradición, la del obispo Roberto, Patriarca de Jerusalén; y vuestra población fue durante siglos ciudad fronteriza entre el mundo cristiano y el musulmán. De otra parte, muchos misioneros, los jesuitas especialmente, llevaron la devoción a vuestra Cruz por todas las tierras de América y de Filipinas.

3.3. Una mirada a nuestro momento social

Decía que nuestro presente suma los dolores de agonía de muchos mundos, que han coexistido en la humanidad durante milenios, y los del parto de un mundo nuevo unificado. Todo se conjuga así para que los cristianos tengamos que estar atentos a los problemas de esta hora trascendental de la historia humana.

El Concilio Vaticano II es el primero en la bimilenaria historia cristiana que ha dedicado extensa y profunda atención a las relaciones de la Iglesia con el mundo. Aprobó una Constitución Pastoral, de rasgos nunca conocidos en los siglos precedentes: la «*Gaudium et Spes*»: «Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual». El Concilio, además, insistió en muchas ideas importantes en este plano al concebir a la Iglesia como un Pueblo de Dios

que marcha, a través del tiempo, y al destacar, como nunca antes, la misión propia de los laicos en el quehacer apostólico eclesial. La actitud conciliar había sido preparada durante todo el siglo XX por un magisterio papal en la materia que arranca de León XIII, coincidente en lo substancial en documentos publicados por todos los Sumos Pontífices de este siglo desde San Pío X hasta Juan Pablo II.

«A las puertas del nuevo Milenio –dice la “Tertio Adveniente Milenio”–, los cristianos deben ponerse humildemente ante el Señor para interrogarse sobre las responsabilidades que ellos tienen también en relación a los males de nuestro tiempo. La época actual junto a muchas luces presenta igualmente no pocas sombras». (TAM, 36).

Juan Pablo II llama la atención sobre no pocos pecados, de que los cristianos hemos podido ser responsables a lo largo de los siglos. Enumero unos pocos para nuestro examen de conciencia.

3.3.1. ¿La violencia al servicio de la verdad?

«Los hijos de la Iglesia deben volver con ánimo abierto al arrepentimiento por la aquiescencia manifestada, especialmente en algunos siglos, con métodos de intolerancia e incluso de violencia en el servicio a la verdad. Es cierto –precisa el Papa– que un correcto juicio histórico no puede prescindir de un atento estudio de los condicionamientos culturales del momento, bajo cuyo influjo muchos pudieron creer de buena fe que un auténtico testimonio de la verdad comportaba la extinción de otras opiniones o al menos su marginación... Pero la consideración de circunstancias atenuantes no dispensa a la Iglesia del deber de lamentar profundamente las debilidades de tantos hijos suyos, que han desfigurado su rostro, impidiéndole reflejar plenamente la imagen de su Señor crucificado, testigo insuperable de amor paciente y de humilde mansedumbre. De estos trazos dolorosos del pasado emerge una lección para el futuro, que debe llevar a todos cristiano a tener buena cuenta del principio de oro dictado por el Concilio: “La verdad no se impone sino por la fuerza de la misma verdad, que penetra, con suavidad y firmeza a la vez, en las almas (DH 1)”». (TAM 35).

3.3.2. Claudicación en la defensa de los derechos humanos

«Sobre el testimonio de la Iglesia en nuestro tiempo ¿Cómo no sentir dolor por la falta de discernimiento que a veces llega a ser aprobación, de no pocos cristianos frente a la violación de fundamentales derechos humanos por parte de regímenes totalitarios? ¿Y no es acaso de lamentar, entre las sombras del presente, la corresponsabilidad de tantos cristianos en graves formas de injusticia y de marginación social? Hay que preguntarse cuántos entre ellos conocen a fondo y practican coherentemente las directrices de la doctrina social de la Iglesia» (TAM 36).

Estas observaciones del Papa, sobre responsabilidades de los cristianos en algunos de los más graves males que se han dado en los últimos siglos de la historia, recuerdan, sin duda, comportamientos cuando muchas naciones cristianas se encontraron con grandes quehaceres en el mundo colonial; y evocan también momentos en que se impusieron totalitarismos de uno o de otro signo. Pero confiesan, en todo caso, con humilde sinceridad pecados históricos de las sociedades en que tenían grande peso ciudadanos cristianos, y aún gobernantes que se afirmaban tales.

Todo se ordena, en el querer de Juan Pablo II, a despertar nuestra responsabilidad en la tarea de construir un orden social, en el que la paz sea fruto de la justicia y esté animada por el amor. Todos tenemos mucho que hacer en dicha tarea: Los laicos muy especialmente, porque la secularidad es la característica propia de su misión eclesial.

3.3.3. Lecciones de vuestra historia

Dejadme deciros, amigos caravaqueños, que también en este punto la historia de vuestra devoción a la Santa y Vera Cruz os obliga a mucho. No debe haber entre vosotros una separación entre la fe y la vida. Muchos ritos seculares propios de vuestra peculiar piedad, nacen de un empeño de animar desde la fe toda vuestra vida económica y social. De ahí los baños de la Cruz en el Agua y en el vino, y la bendición de las flores y de los campos, y las carreras de los que llamáis «caballos del vino» con sus bellos y ricos jaeces. Todo ello significa un interés en sublimar hechos de vuestra vida y acontecimientos de vuestra historia animándolos con espíritu religioso, o serían despropósitos sin sentido. En ellos tenéis, por ello, un recordatorio acuñante de esa lección de Juan Pablo II ante el Año 2000, que nos urge llevar la fe a la vida y actuar siempre en ésta de modo coherente con aquella.

CONCLUSIÓN

«*Llamada a la Esperanza*» es el título general que habéis dado a estas Jornadas Teológicas. Al terminar mi conferencia, quiero analizar brevemente su profundo sentido.

Vivir en cristiano siempre y en todo, no es fácil. Estar a la altura del reto que representa la Cruz para todo cristiano es difícil. Lo es más en este tiempo que nos ha tocado en suerte. Pero no podemos amilanarnos por ello. Muy al contrario, tenemos que avivar más y más nuestra esperanza.

La esperanza, enseñó certeramente Santo Tomás, es una virtud cuyo objeto tiene cuatro condiciones: es un bien; es un bien difícil; es un bien posible; es un bien futuro. De otra parte, es virtud que trata de movilizar nuestras fuerzas en todo lo posible, y pide el auxilio de Dios para lo que está más allá de nuestro poder. Por ello, fruto de la esperanza son, de una parte, la tensión de nuestro Espíritu ante una reto difícil; y, de otra, la confianza en Dios que nos ofrece su ayuda si se las pedimos en oración humilde, perseverante y confiada. (Cf. S.Th. 1.2 q. 40).

Claro es, en consecuencia, que el poder responder debidamente al compromiso de dar cumplimiento a la profecía en que Cristo anunció que atraería a todos hacia sí cuando fuera clavado en la Cruz, es claro objeto de la esperanza. Es objetivo que reúne todas las condiciones del objeto de la esperanza. Necesitamos actuar decididamente para alcanzarlo, sin dejar de procurar la ayuda divina con nuestras plegarias.

Pido a Dios que éste vuestro II Jubileo sea gracia grande y eficaz para vosotros, los devotos de la Santa y Vera Cruz de Caravaca: gracia que os ayude a radicar la fe cristiana en los corazones, a llevarla a vuestra vida social, y a colaborar en su propagación por el ancho mundo. Así será si vosotros mantenéis vuestra piedad con honda esperanza, uniendo en un haz vuestro esfuerzo y la confianza en la ayuda que os vendrá por Dios.

La Virgen María estuvo de pie al pie de la Cruz mientras moría Jesús (cf. Ju. 19, 25). La invocamos en la Salve como «Vida, Dulzura y Esperanza nuestra». Quiero, por ello, terminar con las palabras con que Juan Pablo II cierra su Carta Apostólica «Tertio Milenio Adveniente» tantas veces citada a lo largo de mi conferencia:

«Confío toda esta tarea –la de prepararnos debidamente al Gran Jubileo del Año 2000– a la materna intercesión de María, Madre del Redentor. Ella, la Madre del amor hermoso, será para los cristianos que se encaminan hacia el Gran Jubileo del tercer milenio, la Estrella que guía con seguridad sus pasos al encuentro del Señor. La humilde muchacha de Nazaret, que hace dos mil años ofreció al mundo el Verbo encarnado, oriente hoy a la humanidad hacia a Aquel que es «la luz verdadera, aquella que ilumina a todo hombre (Ju. 1, 9)» (TMA. 59).

Jose María Cirarda Lachiondo
Arzobispo Emérito de Pamplona